

Papini, historiador de la literatura italiana

Mircea Eliade

Traducción de José Antonio Hernández García

EL DESTINO DE GIOVANNI PAPINI es muy extraño. Mientras que todo mundo esperaba su *Adán* (o *Informe sobre los hombres*) desde hace mucho tiempo, él publica *San Agustín y Los operarios de la viña*, libros que en cierta medida continúan la obra de conversión al cristianismo —la suya y la de sus lectores— que comenzó en 1921 con su *Historia de Cristo*. Parecía sincera y definitivamente *constreñido* a ciertos medios católicos. Colaboraba en revistas religiosas, editaba antologías para uso de seminaristas, publicaba compilaciones de textos de místicos, prologaba a poetas católicos, pronunciaba conferencias en círculos tomistas. *Gog* cae como un rayo en medio de sus actividades pías, perfectas en apariencia. El indomeñable Papini retoma veladamente los temas de su *Diccionario del hombre salvaje* (1923) que, como se sabe, no gustó mucho a las autoridades eclesiásticas. En efecto, sustituyó con sarcasmo y fantasía la invectiva y el panfleto, pero encontramos el mismo odio hacia el mundo moderno, anticristiano y demoníaco, odio ilustrado por la vida estúpida, neurasténica y desesperada del melancólico Gog.

Sorprende de nuevo dos años después, en 1933, cuando —desconociendo todavía su promesa— publica *Dante vivo* y dos opúsculos: uno titulado *El saco del ogro* y otro dedicado a Ardengo Soficci. *Dante vivo* aportó una nueva prueba de la creatividad, la cultura y la capacidad de trabajo del infatigable Papini. Es, quizá, su mejor libro después de *El hombre acabado* o, en todo caso, el más *entero*, el más orgánico. Siguió la edición en forma de libro de algunos panfletos y estudios —*La piedra infernal* (1934) y *Grandeza de Carducci* (1935)— que ponían de manifiesto cierta laxitud, al menos para lectores poco avezados. Un escritor del vigor y la madurez de Papini no debe reunir sus ensayos y artículos recientes en una recopilación, cuando

desde hacía veinte años había prometido un *opus magnum: Adán*. Quizá no lo habría hecho si 1935 no hubiera sido “un año desafortunado y penoso para Papini”, como lo describe Viviani en su *Papini anecdótico* (Roma, 1937). Un año en que su vista, aquejada desde hacía mucho, se extingue casi en su totalidad. Los lectores rumanos saben, por algunos artículos de Alexandru Marcu, las circunstancias trágicas que ensombrecieron la vida del más erudito de los escritores italianos. Debió sufrir, en enero de 1936, una operación muy delicada que, por fortuna para él y para Italia, superó. Hasta fines de 1936 pudo ponerse de nuevo a trabajar. Y en junio de 1937 aparece también un libro que no se esperaba: el primer tomo de la *Historia de la literatura italiana* (en la editorial Vallecchi).

Es difícil decir, después de tantas sorpresas, si algún día aparecerá su *Adán*, ese formidable libro del que ya hacia 1929 había escrito unas dos mil páginas (véase el prólogo a *Los operarios de la viña*) y gracias al cual el autor de la *Historia de Cristo* espera ocupar uno de los sitios más altos de la literatura universal, al lado de Shakespeare, Dante y Tolstoi. Lo pospone una vez más y lo desplaza para poder trabajar en su *Historia de la literatura italiana*. Su retorno a las realidades italianas es ahora completo y definitivo. Comenzó hacía mucho tiempo, en 1910-1911, a redescubrir la Toscana, el alma italiana y “la patria”. Después de la crisis religiosa que lo condujo algunos años a la literatura mística y católica universal, volcó su cuerpo y alma hacia la Toscana, hacia Italia. Se volvió algo más que un perfecto italiano: un patriota ardiente. Viviani cita en su libro una conversación casi increíble en la que Papini le confía (en vísperas de las sanciones británicas por la guerra de Etiopía) que estaba listo para presentarse como voluntario en caso de movilización...

Para quienes han seguido su pensamiento y su genio creativo desde *Leonardo*, dicha afirmación no tiene en realidad nada de increíble. Un cristiano, un artista que ama por encima de todo la ciudad que hace posible la vida civil y la existencia del hombre como tal (pues, fuera de la ciudad, el hombre es una bestia) tiene que *luchar* para defenderla, incluso si va en contra de su profesión de fe no violenta. Cualquiera que sea, su adhesión al fenómeno italiano contemporáneo es absoluta. Además, dedica la *Historia de la literatura italiana* a Benito Mussolini. Por otra parte, la joven generación italiana ha vuelto a Papini, en quien reconocen a su verdadero precursor. Sus libros se han reeditado, especialmente en la colección de sus *Obras completas* que emprendió la casa Vallecchi desde noviembre de 1932. Los estudios críticos y las monografías sobre su vida y su obra se multiplican: siete u ocho en los últimos doce años.

Pocos escritores han podido acometer la historia de la literatura de sus respectivos países con tantas posibilidades de éxito como Papini. Él ha sido —y permanece hasta muy recientemente como— un lector de curiosidad universal; además, ha hecho durante años un trabajo de historiador literario y ha sido director de las colecciones *Cultura dell'Anima* y *Scrittori Nostri*.

Hasta hace pocos años todavía se ocupaba de antologías de poesía religiosa italiana y preparaba ediciones de san Francisco, de Jacobo de Todi, de Manzoni y otros. Sus méritos como editor son enormes, aunque Croce —víctima de algunos artículos y panfletos de Papini— haya hecho severas críticas a su edición de poemas de Campanella. Acostumbrado, después de veinticinco años a la crítica de textos, se enamoró de la poesía clásica toscana, escribió un bello libro sobre Dante y, como autor de numerosos estudios sobre Jacobo de Todi, Boccaccio, Petrarca, etc., Papini no tuvo que trabajar de más para elaborar este primer tomo que trata de la literatura italiana de los siglos XIII y XIV. Si no me equivoco, los únicos autores de los que no había hablado antes son Guido Cavalcanti, Cecco Angiolieri, Dino Compagni y Franco Sacchetti. En cuanto al resto, ya había escrito a ese propósito textos siempre consistentes, documentados y muy originales.

No tuvo “que trabajar de más” simplemente significa que no se vio obligado, en esta ocasión, a realizar largas y eruditas investigaciones para preparar sus materiales, pues

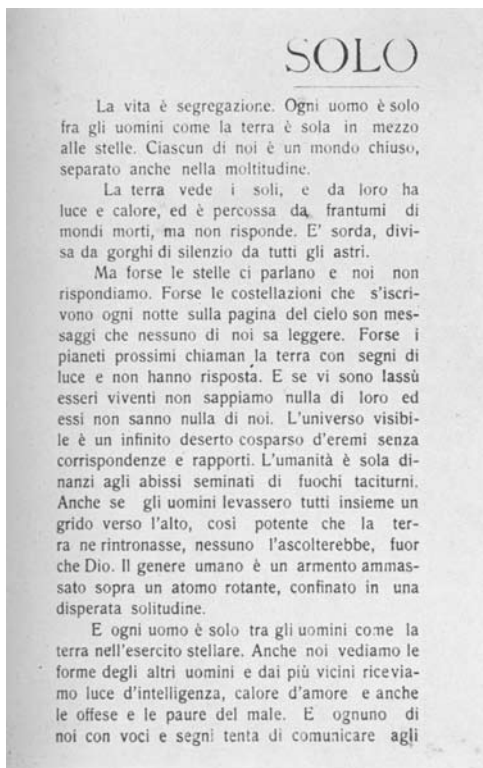
ya había reflexionado sobre ellos desde hacía mucho. Así por ejemplo con Dante, objeto de su atención y de su amor desde 1910, cuando publicó *La leggenda di Dante*, después de haber escrito, algunos años antes, sendos estudios sobre Boccaccio y Petrarca.

Sin embargo, no repite nada de lo que publicó en los últimos treinta años. Ése es uno de sus principales méritos. Nos ofrece un libro novedoso, síntesis de todas sus ideas y todas sus pasiones. Aunque resultara difícil decir *otra cosa*

acerca de Dante después de que le dedicó, apenas en tres o cuatro años, un libro de más de cuatrocientas páginas, Papini sí hizo ese milagro. Lo que escribió sobre Dante en su *Historia de la literatura italiana* está marcado por el sello de la perfección. No sólo porque hace un prodigioso esfuerzo de síntesis para analizar, en poco más de cien páginas, toda la obra de su glorioso conciudadano, esclarecer el sentido de la *Divina comedia* y subrayar el milagro literario que constituye; no nada más porque encuentra nuevas claves de interpretación (por ejemplo, el origen de la obsesión por la muerte que torturaba a Dante), sino también por el rigor mental, la certidumbre del gusto y la precisión expresiva de los que hace gala. Poca gente ha amado

tanto y ha comprendido tan bien a Dante. Su *Dante vivo* es un testimonio elocuente. Pero podría decirse que se superó de una manera inusitada en su *Historia de la literatura italiana*. Sin contradecir un ápice su anterior retrato de Dante, creó otro, en el que insiste de manera natural en el valor estético de su obra. Esperamos que a los lectores rumanos cualquier día los invada la pasión por la *Divina comedia* o la *Vita nuova*, y no vemos a alguien mejor que Papini para que los logre estimular, gracias a este libro...

Si logramos aprehenderlo, aquí también se encuentra su método, al menos en parte: interpretar simbólicamente los nombres y las fechas de nacimiento; precisar las similitudes entre las épocas, los reyes, los papas, los escritores; establecer correspondencias entre el cosmos, la historia, el arte... Es un viejo hábito suyo que se remonta a su primera juventud y a sus aventuras “mágicas”, pero que no desdice en nada su obra. Cualquier retrato gana en vida y un juicio parece más oportuno cuando se apoyan en una analogía o los esclarece la interpretación de un símbolo.



No es nuestro propósito menospreciar los méritos objetivos de esta nueva historia de la literatura italiana. Simplemente decimos que con frecuencia Papini se pone a contracorriente de la opinión generalizada y argumenta sus tesis con precisión, sin caer en la divagación erudita. Por ejemplo, en contra de la opinión admitida, aprecia en el célebre soneto de Guido Cavalcanti, “Perch’i non spero di tornar gimmai...”, una obra de juventud y no un poema escrito bajo la influencia de la muerte. De la misma manera, piensa que el verdadero valor literario de Cavalcanti se reafirma en sus sonetos “optimistas”, cuando canta a la primavera y a la naturaleza, y no en aquellos que lo muestran “sdegnoso e solitario”. Todo lo que escribió sobre Cecco Angiolieri se distingue del veredicto hecho hace ochenta años por la historia literaria. No es menos original en la exégesis dantesca, incluso cuando trata cuestiones abordadas por otros (como la influencia de Joachim di Fiore en Dante).

Pero el valor capital de su *Historia de la literatura italiana* no reside, desde luego, en esta clase de “descubrimientos”, sean grandes o pequeños. Cada año se editan al menos media docena de libros que pasan por ser descubrimientos en materia literaria. Papini intentó y logró algo infinitamente más precioso y grandioso: una historia de la literatura italiana escrita de acuerdo con concepciones y una técnica innovadoras. Escritor él mismo —es “de la casa”, dice en su prefacio—, piensa que tiene más derecho para escribir una historia de su arte que cualquier pedante o filósofo que, al ser ajenos al fenómeno literario, lo juzgan según sus idiosincrasias historiográficas o estetizantes. No buscamos determinar las circunstancias en las cuales un buen escritor puede volverse un buen crítico literario o un historiador objetivo de la literatura. En cualquier caso, no lo vuelve imposible. Ya que puede ser un excelente matemático o un perfecto erudito, y nada impide que sea un eminente historiador de la literatura. Los juicios injustos o exagerados emitidos por los grandes escritores acerca de sus cofrades prácticamente no prueban nada al respecto: encontramos no menos errores garrafales que en los críticos más célebres. Thackeray, quien escribió páginas notables sobre la literatura inglesa y cuyo gusto era impecable, acusó a un genio como Lawrence Sterne de “corrupción latente” y de “presencia impura”; y ello no porque Thackeray fuera escritor, sino porque el error es humano. Taine hizo lo mismo, y no dedicó más que algunas páginas a Sterne de las tres mil que integran su *Historia de la literatura inglesa*, que por otro lado es excelente.

El azar que hace que alguien se vuelva escritor no impide, por principio, que también llegue a ser un gran historiador de la literatura. Papini espera ser uno de ellos, no nada más

porque su capacidad de trabajo acaso sólo sea superada por la de un gigante como Arturo Farinelli, sino porque él se sabe investido por un don mucho más precioso: el gusto literario. Así, una de las innovaciones de su *Historia de la literatura italiana* consiste en separar a los autores que se volvieron escritores debido al azar (Vico, Botta, Ghiberti) y a todos los que están desprovistos de valor literario personal y cuyo lugar se encuentra más bien en una historia de la cultura por su contribución a la difusión de los valores creados por los auténticos artistas.

Es impresionante el esfuerzo por la objetividad de Papini. El valor estrictamente literario de un autor anula a los demás. Tomemos el ejemplo de Jacopone da Todi. En un artículo de 1923, reeditado en *Los operarios de la viña*, Papini se adhiere íntegramente a la obra poética y mística del frenético franciscano, de quien sentía que su odio al mundo y a la vida era inherente a un “perfecto cristiano” (Papini se había convertido hacía poco). ¿Por qué, alguien que había escogido el cielo, podía rebajarse a los valores de aquí? Sin embargo, en su *Historia de la literatura*, atempera su juicio. Jacopone se mantiene, para él, como un escritor vigoroso (aunque como un místico sin valor y como un teólogo mediocre), pero ya no le perdona más su odio terrible a los hombres, a la ciudad, a la vida. Juzga incluso ese odio como algo anticristiano, pues resulta egoísta y ataca el valor fundamental del mensaje cristiano: la vida. También se detiene principalmente en el valor literario de la poesía de Jacopone da Todi, y distingue entre el tumulto de la inspiración frenética y la perfección artística.

Escrita con un lenguaje perfecto, riguroso y rico, la *Historia de la literatura italiana* es, sin duda, uno de los grandes libros de este siglo. El Papini que aparece aquí ya no es el escritor erudito, imaginativo y combativo de 1912 o de 1922. La paradoja ya no lo agobia, y no pretende persuadir ni inquietar, ni mucho menos exasperar. Es un libro pensado, construido y escrito no en frío, sino desde las más elevadas cimas, allí donde la tensión no es descabellada ni frenética. Giovanni Papini puso su talento al servicio exclusivo de los verdaderos creadores de la literatura italiana, e indica a los lectores lo que significa un genio y cómo hay que asimilar su obra maestra. Que él haya pensado también en sí mismo al escribirla, de eso no hay ninguna duda. Pero se trata de la obra de un gran maestro...•

MIRCEA ELIADE (Bucarest, 1907-Chicago, 1986) es el más grande ensayista rumano. Especializado en historia de las religiones, escribió una importante obra literaria, además de memorias. Con Ionesco y Cioran representó en París, a mediados del siglo xx, una corriente rumana decisiva en el pensamiento y la literatura.